



Su pensamiento vivo

Pablo Antonio Cuadra

No puedo hacer aquí, por falta de espacio, el estudio integral que yo quisiera. Quedaré satisfecho si aquí pongo las bases y si esas bases son declaradas buenas para sostener cualquier libro futuro. Así, no por humildad, sino por verdad, he querido titular mi ensayo: "Introducción al Pensamiento Vivo de Rubén Darío".

Indudablemente este título puede alarmar, y con razón a mis lectores. Más todavía si entre ellos hay poetas. "Pensamiento de un poeta?", dirán. Es que se va a cometer con Rubén el sacrilegio de tenderlo sobre la mesa de operaciones para una disección dialéctica, lógica e ideológica? Cualquiera supone que un impenitente profesor va a ejercitarse en la poemofagia, y a devorar la belleza del poeta, para presentar en bagazo su pensamiento, para derivar de sus versos y prosas su sistema filosófico a sus tendencias ideológicas. ¡En el mejor de los casos expresará el jugo del fruto y dirá sin poesía lo mismo que el poeta dijo con poesía! . . . Y agregará Unamuno:

"Si la poesía no nos liberta de la lógica, maldito para lo que sirve".

Pero, borrad la impresión. La libertad, que en poesía es amor, tiene su tacto. Y al decir: pensamiento vivo destruyo toda sospecha de autopsia. Vamos al encuentro del hombre. Y ese hombre es el pensamiento vivo de América.

Para muchos que todavía permanecen al borde de Rubén Darío, el hombre no se encuentra en el poeta. Yo mismo cuando comencé en mi patria -con otros jóvenes poetas nicaraguenses- el movimiento lírico de revolución y reacción antimodernista, disparé irreverencias contra el amado enemigo (así le decíamos), porque no encontraba al hombre, al nicaraguense, al hispanoamericano en su espesa colección de disfraces.

Buscábamos lógica. Queríamos que Rubén fuera americanista y él era América: fiel espejo, exacto compendio, vivo resumen

de América! Exigíamos al poeta, no sólo que fuera nativo, sino nativista. Y cuando se nos escapaba a Francia cargábamos sobre sus hombros el pecado de fuga y deserción, sin recordar que la poesía se iba con el hombre, y que el hombre americano navegaba entonces en una viva y caudalosa corriente americana hacia París. Lo atacamos -parodiando a Heine- de ser un sensontle nicaraguense que hacía su nido en la barba de Víctor Hugo. Aún recuerdo la hermosa injusticia de Francisco Méndez, joven poeta de Guatemala en su "Trozo de Jade a Darío", voz y voto de nuestra inconforme juventud:

"No era del barro nuestro.

El maíz -oro vegetal- que difunde su sol/ en nuestra carne indígena, no fermentó su sangre:/ nunca subió a su corazón a gritar como toro/ la voz de la montaña/ Indio.... ¿Pero era Indio?/ Andaba entre nosotros perdido y extraño./ como caído de la luna.

Por los ríos, por los desfileros/ lo buscaba un afán de otras edades:/ cazador de los bosques que aroman la leyenda./ su certabana fue clarín melodioso/ que se perdió hecho pájaros a lo largo del mundo./ Nuestros campos lo saludaron como un Dios de otra estirpe/ con el sombrero de un rancho en la mano.

No era del barro nuestro./ No era su carne, carne de monolitos,/ ni tortilla caliente./ No lo moldearon los dedos cálidos y duros/ de esta América que camina en medio de los mares./ No se sabe hacia dónde,/ con el cuerpo tatuado de montañas y el cántaro del sol en la cabeza".

Por mucho tiempo perdimos al hombre. Había encarnado tanto la contradicción de América, había sido tan exacto en expresar nuestra heterogeneidad que lo creímos un farsante. Contábamos sus máscaras. Y aunque amábamos su palacio, volvíamos de él a nuestras aldeas, desilusionados de no haber podido reconocer, bajo la careta, al ilustre Emperador:

"Tú que dijiste tantas veces "Ecce Homo" frente al espejo/y

no sabías cuál de las dos era el verdadero, si acaso era alguno"...cantó José Coronel Urtecho, en la dolorosa ironía de su "Oda a Rubén".

Pero estábamos errados.

Rubén era modernista porque ese era el modo, o la moda, en su tiempo, de ser moderno. Pero luego nos encontramos con él en otros tiempos. Antiguo sin ancianidad en nuestros siglos clásicos. Sensible y sensitivo entre los románticos. Musical y fugaz a la sombra del decadentismo. Anunciador y profético -escritor de avanzada- entre nosotros; Eterno.

El tiempo, su tiempo, apenas pudo gravar sus señales en la prodigiosa ubicuidad de su genio. Tan pronto baja a los sótanos del pretérito para beber con Berceo un vaso de bon vino, como sube por las calles de París al café d'Harcourt a probar el amargo ajeno de Verlaine. Acompaña a Lope o a Góngora en la diáfana mañana de nuestras letras y escapa en la tarde musical a los jardines de Versalles, para llegar, en un crepúsculo de marselesas, al arco de sangre de la guillotina. Escala la torre de marfil del Renacimiento o monta un centauro para atravesar la Pampa. Se descalza paganamente en las marmóreas graderías griegas del Partenón, para ascender luego a las siete colinas de la verde Roma, con la seguridad de un heredero al trono del Imperio lírico latino.

Así también en el espacio, aún cuando los límites y fronteras de los pensamientos opongan a su paso la contradicción. Los que toman sus banderas chocan así donde América choca en su constante movimiento germinal de mestizaje y fusión. Un día don Ramiro de Maeztu, claro varón de España, acusará de pecado al cantor de la "Hispania Fecunda" por su "Salutación al Aguila". Otro día el poeta Juan Larrea, profesor de misteriosofía, descubrirá por el contrario que el pecado de impertinencia lo cometió Rubén en sus "Cantos de Vida y Esperanza" y que el mensaje verdadero del poeta en su "Salutación al Aguila".

Miles de bocas recitan sus poemas como quien toma fusiles contra el imperialismo yanqui. Otras multitudes los gritan como quien alza bandera de panamericanismo. Los casticistas hacen partido de su hispanidad. Los afrancesados van con él a París. Los liberales usan sus versos como escarapelas. Los reaccionarios tras de ellos se atrincheran. Y en medio de contrarios aplausos, Rubén recorre -en alta y unitaria ruta- todos los caminos de la genealogía hispanoamericana, para expresar, como un clásico, la viva voz de su raza, el bullente mundo de su cultura, agónica entonces y todavía entre las dos tentaciones de nuestra alma mestiza: la aventura y el orden.

Equivocábamos a Rubén porque nos colocábamos demasiado cerca de su propia multiplicidad. Cuando nos alejamos, aunque desconcertados, adquirimos la perspectiva y descubrimos su unidad. Su unidad era América ¡Hispanoamérica!

Los que se acercaron a la Divina Comedia, en la crisis temporal de su nacimiento, quizás miraron más su modernismo güelfo que el resplandeciente universo Medioeval que allí, vitalmente, se sintetizaba. Rubén, sin embargo, no compendia en su obra un tiempo ni un continente en síntesis. Del Dante a Rubén hay la diferencia que existe entre una Summa y una Antología. La coherencia formidable y sustancial del Alighieri -que responde a la unidad Cristocéntrica de los siglos medioevales que en él culminan- se convierte en Rubén Darío en un haz de antítesis, en una unidiversidad contradictoria y agónica; porque América, todavía alejada de su síntesis, avanza por un período constituyente, agitado y formidable, como que es la gravidez de un Nuevo Mundo.

"Lo que hizo grandes a Bolívar y a Rubén Darío -escribía J. Edwards Bello- fue haber podido ser, en un momento dado, el soldado y el poeta de todo un continente".